

# *Bil ao*

*Jorge Serrano Celada*

*Las crónicas de Sehel:*

*Zamhir Keinshal descansaba plácidamente apoyado sobre una almena de la orgullosa torre del castillo de Keind, al este de la próspera comarca de Hansden. La luna refulgía en sus ojos argénteos y el viento hacía bailar su melena de color azabache. Llevaba un blusón blanco que dejaba entrever la piel brillante de su torso. Era un elfo, de las tierras angostas de Tremén, más allá las lagunas de Kathar. En su mano, tení...*

—¿Qué leches estás haciendo?

Naia estaba recostada contra el muro de protección de la mediana, no era muy cómodo, pero no había mucho donde elegir. Suspiró y dejó caer el carboncillo sobre el asfalto, que rodó a su lado. Tenía los dedos manchados del mismo color que la melena del protagonista de su novela, en cuanto tuviera ocasión tendría que buscar algo mejor para escribir.

Quien le gritaba era su hermano, Aide. Se llevaban sólo dos años, pero a veces la trataba como si fuera una niña.

—Nada, sólo estoy escribiendo —respondió ella.

Acababa de amanecer y hacía un frío de perros. La señal de la salida 117, amarilleada por el óxido, vigilaba el paso a la ciudad y todavía se podía leer en ella las palabras «Bil ao» y «Sagrado corazón». A Naia le recordaba a las fauces de un animal —quien entra no sale—.

—Deja esa mierda. Tenemos que largarnos de aquí, ya —dijo él mientras se daba golpecitos nerviosos en la pierna con la *shirasaya*. La *katana*, envainada en la *saya* de madera, carecía de guardamanos y parecía un bastón curvado. Al agitarla emitía pequeños destellos—. Les he visto, están muy cerca.

Naia recogió sus cosas, las metió en la mochila y se sacudió el polvo de los vaqueros. Después frunció el ceño y susurró algo. Una pequeña llama apareció en la chamarra de su hermano. Aide soltó una exclamación, se la quitó como pudo y la pisoteó antes de que se chamuscara.

—Lo que escribo no es una mierda —le dijo ella.

Su hermano sacudió la prenda y se la volvió a poner. Tenía un pequeño agujero ennegrecido en el lugar que se había prendido.

—Si pudieras hacer algo más que estas «cutre-barbacoas» no tendríamos que estar huyendo.

Lo que decía él era cierto. A pesar de ser una *zauberin*, con dieciséis años, su capacidad para manipular los elementos era poco mayor que la de un niño y se limitaba a la *wärmeenergie*.

Naia miró en dirección a la ciudad. La autovía se perdía hacia la derecha al pasar bajo la señal —las fauces de animal—. El silencio la hizo estremecer.

—¿Estás seguro de que quieres que entremos ahí?

—Es la única manera. Si no lo hacemos acabarán atrapándonos.

Iniciaron la marcha y procuraron mantenerse en silencio, era mejor no hacer ruido.

## 2

La ciudad dormía, o eso le habría gustado pensar; más bien estaba muerta. Las hojas secas de los árboles, acumuladas durante años, se agolpaban con el viento entre las ruedas de los coches abandonados.

El puente por el que ella y su hermano cruzaban, torcía hacia la izquierda y terminaba al otro lado de la ría. Una vieja grúa de más de cincuenta metros y llena de herrumbre les observaba desde la orilla más próxima. A Naia le vino la imagen de un gigante de las colinas, como los que habitaban en sus historias, y aceleró el paso.

—Naia, espera, no sigas.

Iba a preguntarle qué sucedía cuando vio lo que había puesto en alerta a su hermano. Una silueta les esperaba al final del puente. Desde aquella distancia podría haber pasado por humana, sin embargo, cualquier esperanza de que así fuera se perdió en el momento que trepó sin esfuerzo a la marquesina que cubría la zona peatonal del puente. Se dirigía hacia ellos.

—¡Corre! —gritó su hermano mientras tiraba de su brazo en la otra dirección.

Su huida duró poco. Al otro lado del puente, por donde habían venido, otras dos figuras les bloqueaban el paso. Una de ellas se puso en cuclillas para impulsarse y dio un enorme

salto. Cayó sobre el techo de un coche próximo a ellos y los cristales estallaron cuando el metal se hundió por el impacto.

«Unos quince metros, ha saltado unos quince metros. ¿Qué son estas cosas?», se preguntó Naia. Pero ella ya sabía la respuesta.

Aquella criatura tenía la constitución de un hombre adulto, excepto por los brazos, extrañamente largos y los dientes, que no eran tales, sino afiladas cuchillas que se retorcían en su boca —«Son como hojas de afeitar», pensó ella—. Cada vez que cerraba la mandíbula se le clavaban en las encías y arrancaban pequeñas gotas de sangre. No llevaba ropa, como atestiguaba la erección entre sus piernas. Naia no quiso pensar lo que podrían hacerles si les atrapaban.

El *unbeseelt*, o los «sin alma», como así se conocía a aquellos monstruos, lanzó un rugido al aire.

—¡Por aquí! —gritó su hermano y la condujo por unas escaleras que bajaban antes de terminar el puente, cruzada la ría.

Acabaron en un parque, con los columpios descoloridos por el sol y matas de césped que crecían a sus anchas. Uno de los balancines se movía con el viento y sonaba con un molesto chirrido de metal. Naia contuvo el impulso de pegarle una patada.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a su hermano.

Detrás, el unbeseelt que se había subido a la estructura del puente saltó al suelo y se unió a otros tres que venían del este. Al otro lado, hacia el oeste, dos más les cortaban el

paso, mientras que el que había saltado sobre el coche y su compañero descendían por las escaleras que les habían llevado hasta allí.

Una trampa, era una maldita trampa y les habían acorralado como a ovejas.

Aide desenvainó la shirasaya. El filo ondulado de la katana refulgía con la luz del sol. Ella se pegó a su hermano.

—No te alejes, Naia.

Poco a poco los unbeseelt se fueron acercando. Se movían a cuatro patas y se gruñían entre ellos. Dos de ellos se enzarzaron a dentelladas hasta que uno cedió y se quedó rezagado.

«Se están peleando por la presa, por nosotros», se dijo a sí misma y trató de no gritar.

De pronto, la idea de ser capturados por sus perseguidores no era tan mala. Les ejecutarían por deserción y herejía, pero al menos sería una muerte rápida.

—Naia, a los ojos, como hemos practicado.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero son muchos, no creo que pu...

Una de las criaturas profirió un rugido y saltó sobre ellos. Aide, quien había sido adiestrado desde niño en las artes del *bujutsu* —como todos aquellos que no demostraban habilidad para manipular los elementos—, dio un paso hacia delante para colocarse en su trayectoria y cuando la tuvo a distancia realizó un corte diagonal que atravesó su pecho de lado a lado. El unbeseelt aulló de dolor. Si se hubiera tratado de una persona normal habría

muerto desangrada, pero eso no bastaría con aquellos monstruos. Aide aprovechó la inercia del golpe, giró sobre sí mismo y le cortó la cabeza.

Por su parte, Naia se fijó en el que estaba más cerca, el que había ganado la disputa anterior. Entonó el mantra que las zauberin utilizaban para concentrarse —«*luft, wasser, eis, blitz, feuer, erde*»— y se enfocó en acelerar las partículas que conformaban el humor vítreo de los ojos de aquel monstruo. Esos eran los principios básicos del *wärmeenergie*.

La bestia se arrojó al suelo y rugió de dolor mientras de entre los dedos, con los que se tapaba los ojos, se escapaba un humo blanquecino. Al final se oyó un «pop» cuando los glóbulos oculares reventaron por el calor. El *unbeseelt* cayó al suelo.

Por un instante, el resto pareció confundido y guardaron la distancia.

—Dos menos, ya sólo quedan seis. —Naia intentaba parecer confiada, pero estaba aterrorizada.

De repente un rugido atronador sonó a lo lejos y apagó por completo los gruñidos de sus atacantes, que se quedaron paralizados. El sonido había sido muy diferente al de un *unbeseelt*, parecía mucho más grande. Procedía de un edificio, no muy lejos de allí, en el que en la azotea se veía una estatua de un tigre de unos diez metros con la cabeza erguida y en tono amenazador.

Naia estaba perpleja, era imposible que hubiera sido aquella estatua. Pero entonces, a su lado, apareció la figura de un tigre de verdad, salvo que su tamaño no alcanzaba por poco el de la estatua que tenía a su lado. Aquello no era un tigre normal.

—Un *albtraum* —exclamó Aide.

Ella miró a su hermano con horror: «No puede ser, no puede ser».

Veinte años atrás, cuando ciudades como aquella todavía rebosaban de vida, la humanidad realizó el mayor descubrimiento de su historia, la existencia del alma. Los *unbeseelt* fueron el resultado de intentar separarla del cuerpo para mejorar su resistencia. Tardaron un par de años en darse cuenta de las repercusiones y para entonces ya era tarde.

Más adelante, aparecerían los *albtraum*. Eran *unbeseelt* que transformaron sus cuerpos a voluntad, la mayoría guiados por una imagen subconsciente de sí mismos. En estos casos, el alma era capaz de volver a unirse al cuerpo y al hacerlo alteraba la realidad.

Como su nombre indicaba, eran auténticas pesadillas y ahora uno de ellos estaba allí, frente a ellos.

Un nuevo rugido del *albtraum* sirvió de señal para que los *unbeseelt* se abalanzaran sobre los dos hermanos. Después todo fue un caos.

Aide consiguió cercenar un brazo al primero que le alcanzó, pero la *shirasaya* no era un arma pensada para la lucha, sino una funda para almacenar la hoja —fue lo único que pudo conseguir durante la huida—, y el punto de inserción de la katana se salió de la empuñadura. Una segunda bestia se le echó al cuello y no pudo hacer nada. Naia vio horrorizada cómo le destrozaba la yugular con aquellas hojas de afeitar. Su hermano emitió un gorgoteo y se hincó de rodillas. Otras dos más se unieron. Una arrancó un trozo de carne del hombro y la otra le tiró al suelo para hundir sus fauces en su estómago.

Naia no llegó a sentir las zarpas que la tiraron al suelo e intentaron desgarrarle la ropa. Todos sus esfuerzos estaban centrados en llegar hasta su hermano, pero lo único que podía hacer era gritar. Los dos unbeseelt que faltaban atacaron al que trataba de sujetarla por los tobillos. Naia aprovechó la ocasión para arrastrarse hasta la maraña de bestias que estaban sobre su hermano. Intentó iniciar el mantra que le permitiría atacar al menos a uno de ellos, pero tenía demasiado miedo como para concentrarse.

Las lágrimas le emborronaron la vista y furiosa trató de apartarlas con la mano. «Estúpida, estúpida». Sintió que algo le mordía en la espalda, a la altura del hombro y un líquido caliente le recorrió la espalda. Una mano enorme y callosa le agarró un pecho y tuvo una vaga percepción de ser volteada con violencia hacia arriba. Una de las criaturas se colocó encima a horcajadas con su obsceno sexo dirigido hacia ella. Naia miró hacia donde estaba su hermano y vio su brazo, a sólo unos centímetros de ella. La bestia destrozó lo que quedaba de su camisa y estaba a punto de hacer lo mismo con sus pantalones cuando ella alcanzó la mano de Aide.

Algo despertó en su cabeza, o en un lugar más profundo, cuando descubrió que sólo eran los restos sanguinolentos del brazo de su hermano. Se vio a sí misma tirada en el suelo, mientras el unbeseelt le arrancaba la ropa, pero ella no estaba ahí, sino lejos, muy lejos. Su única unión con aquella escena era un cordón plateado, muy fino, tan sencillo de romper que jugó con la idea de tirar de él y acabar con todo. Pero entonces la imagen de su hermano ensangrentado bajo aquellas alimañas se convirtió en un único deseo.

«Fuerte, quiero ser más fuerte»

Algo resplandeció y nuevos cordones se unieron al que había estado a punto de romper. Recordó las historias que ella misma había escrito y se aferró a una imagen, la de alguien que personificaba lo que ella quería ser, un cazador de ojos argénteos.

El unbeseelt no lo vio venir. Tenía a la hembra dominada, así que no percibió que sus ojos azules habían cambiado a un tono plateado. No era, en realidad, un cambio muy apreciable, pero lo que tenía aquella bestia bajo sus zarpas ya no era una desvalida humana. Naia se despojó de la criatura con un simple golpe de la mano. El unbeseelt voló varios metros y aterrizó en el suelo con el cuello roto.

Desnuda, se puso en pie y se dirigió hacia los tres que despedazaban el cadáver de su hermano. Al que Aide le había cortado el brazo levantó la cabeza, tenía la boca ensangrentada con restos de carne. Al mirarla torció la cabeza a un lado, como si no comprendiera lo que estaba viendo, y Naia deseó con todas sus fuerzas borrar su estúpida cara. Le sujetó la cabeza con una mano y apretó hasta que el cráneo cedió. La criatura dio un único gemido, seguido de un espasmo, antes de caer al suelo como un muñeco de trapo.

Los otros dos se alzaron y la gruñeron sin acercarse. Los que se habían peleado antes por ella también la rodearon.

Naia tropezó con algo. Medio enterrada, la hoja de la shirasaya resplandecía solitaria. Estaba mellada y aún tenía restos de sangre. La recogió y recordó su imagen en las manos de su hermano antes de morir. Casi de manera imperceptible la saya de madera apareció de nuevo y envolvió la hoja como si creciera a su alrededor. La espada parecía nueva.

Los unbeseelt gruñeron por última vez antes de que una estela de acero, imposible de seguir, los destrozara en cientos de pedazos.

Naia suspiró. Por primera vez en su vida había dejado de sentir miedo, aun así no podía dejar de llorar.

El albtraum rugió otra vez. Comenzó a bajar del edificio, pero no lo hizo de un salto, sino con lentitud, clavando sus garras en la fachada, como si no se desplazara por una pendiente vertical. Con un elegante movimiento, que no parecía propio de su tamaño, se dejó caer sobre el suelo.

Naia volvió a sentir la furia en su interior y encaró su espada. El tigre gigante rugió e hizo temblar todo. Comenzó a dar vueltas alrededor de ella, la estaba observando.

—Hu-maaa-naaa —dijo con una voz profunda. Naia no dijo nada.

Los rugidos de aquella bestia habían atraído a más unbeseelt, pero sólo observaban entre gruñidos y golpes en el suelo. Naia observó que había hembras y crías entre ellos.

El albtraum se detuvo por fin, se le erizó el pelo del lomo, flexionó los cuartos traseros y... desapareció. Naia le perdió de vista por completo, en su lugar sólo había una pequeña nube de polvo. Miró hacia arriba y allí estaba, le tenía casi encima. Se apartó en el último momento pero no pudo evitar el zarpazo que le desgarró la espalda. Tres surcos de sangre recorrían con pulcritud los omoplatos.

Las heridas comenzaron a curarse en ese mismo instante, pero aquel golpe la había dejado sin aliento. Tenía a la bestia de espaldas. Sin dudarle un instante saltó hacia ella con

la intención de ensartar su cabeza, pero el albtraum se giró a gran velocidad y su brazo derecho quedó atrapado entre sus fauces.

Naia gritó de dolor y la shirasaya se le cayó. Estuvo a punto de perderla, pero en el último momento pudo atraparla con la mano que le quedaba libre.

Sin soltar a su presa la bestia se echó a la carrera. Intentaba desmembrarla con movimientos bruscos de la cabeza que hacían que el cuerpo de Naia se balanceara de manera violenta.

Ella gritó de rabia y con un último esfuerzo atravesó el ojo del albtraum con la katana. La hundió hasta el fondo y cuando sintió resistencia empujó un poco más. El monstruo perdió el control de sus patas delanteras y derrapó con su cara hasta que ambos se detuvieron.

Naia se levantó agotada y miró a su alrededor, con el albtraum muerto a su lado. Una veintena de unbeseelt la tenían rodeada. Después se desmayó y, aunque nadie lo vio, sus ojos volvieron a adquirir su habitual tonalidad azul.

En la borrosidad de la fiebre, entremezclada con la realidad, Naia escuchó varias voces a su lado. ¿Eran sus perseguidores? ¿La habían rescatado sólo para ejecutarla? Ya no le importaba. Abrazó el descanso del sueño.

—Lo has visto, ella sola se ha encargado de seis unbeseelt y un albtraum.

—¿Qué va a ser de ella?

—No creo que quieran deshacerse de ella. Ahora que saben lo que es.

—Una albtraum, pero ¿cómo?

—Eso es lo que van a averiguar. Pobre niña, más le habría valido haber muerto a nuestras manos desde el principio. Por la Sagrada Luz.

—Por la Sagrada Luz.